

CORREO DE LOS CIEGOS DE MADRID

DEL MÁRTEZ 28 DE NOVIEMBRE DE 1786.

Continuacion del retrato de Alexandro el grande. Parte al Asia con un ejército de 300 hombres de infanteria, 50 caballos, 70 talentos, y víveres para un mes; y distribuyendo las rentas de la Macedonia entre los gefes del ejército, él solo se queda con las esperanzas de las conquistas. Permítaseme, que en este instante le mire como á un Príncipe aventurero. Internado en el Asia sin poder prometerse hacer en ella grandes conquistas, sin esperanzas de volver á sus estados, y por otra parte sin las mayores seguridades de la fidelidad de sus tropas, se halla comprometido en una serie de desaciertos, que expusieron su nombre á una eterna obscuridad, y á no volver á parecer mas desde aquí adelante en la historia. Es preciso hacer justicia á la virtud. Filipo su padre habia sido en esta parte mas prudente y político. Segun su plan, los Griegos debian suministrarle 2000 hombres, número que parecerá demasiado á quien no reflexione, que las intenciones de este Príncipe se dirigian á debilitar la Grecia, facilitando por este medio su conquista.

Si los acertados consejos de Memnon de Rodas, hubieran sido escuchados de Darío: si se hubieran asolado las provincias por donde debia pasar Alexandro: si se hubieran repartido varios cuerpos de tropas en ciertos parages y desfiladeros, á fin de estrecharle mas y mas; y finalmente, si se hubiera hecho una oportuna diversion por la Macedonia, enviando á ella un ejército: Alexandro, que tan arrogante paseaba los anchos campos del Asia, hubiera tenido por gran dicha el poder volver á pasar el mar. Pero todo se disponia á medida de su ambicion. Los Persas se pusieron en movimiento ácia las orillas del Gránico en número de 1000, y su derrota sometió al vencedor casi toda el Asia menor.

La casualidad de haber muerto al me-

yor tiempo Memnon de Rodas, á quien Darío escarmentado de la antecedente derrota, habia nombrado almirante de sus tropas, desbarató los proyectos, que habia concebido, y que tenia ya muy adelantados, de hacer de la Grecia el teatro de la guerra. Las cosas no podian ir en mejor disposicion. Se habia apoderado ya Memnon de Chio de toda la isla de Lesbos, á excepcion de Mitilene, cuyo sitio habia emprendido. Si la muerte no hubiera cortado la carrera de sus brillantes dias, hubiera pesado amargamente á Alexandro de la imprudencia de haber enviado á la Grecia su escuadra, y de haber querido quitar á los Griegos todos los recursos de volver á ver su amada patria.

Mas hagamos honor á la virtud de Alexandro en la parte que toca á la confianza, que hacia de los que le rodeaban. Esta virtud acompañada de un extraordinario valor, la poseyó en grado heroico. Dígalo si no el médico Filipo, de cuya mano sin embargo de los falsos rumores, que contra su fidelidad le habia escrito Parmenion, recibió con una resignacion extraordinaria la medicina, que aplicaba á un tabardillo, que le habia acometido de resultas de haberse bañado en el Cidno, rio de Cilicia: bien es verdad, que esto era quando la enfermedad era mas peligrosa, y en que no restaba otro partido á Alexandro, que ó perecer, ó dar á su médico las correspondientes señales de confianza.

Ya es tiempo de que le sigamos en campaña, ejercitando aquellas virtudes y talentos militares, que muchas veces se labran, aún en las almas mas débiles, quando los intereses, y las intrigas de un conquistador se encuentran con las del otro. Mas por desgracia de Darío, la astucia de Alexandro nó tuvo que allanar grandes dificultades. Ceñido el ejército Persa á las estrecheces de Isus, y obstinado en sacar



de este sitio las ventajas, que le ofrecia la muchedumbre de combatientes, tuvo que presentar en manos de Alexandro una victoria, que tal vez hubiera sido suya si hubiera podido desplegar sus fuerzas en una llanura.

Esta victoria demostró á todo el mundo, que la alma de Alexandro, que era superior á los peligros, no lo era á la fortuna. Una palabra descubre su caracter. Entra en las tiendas de Dario, y admirado de las riquezas, y del fausto que contenian, se dexó decir con entusiasmo: *Esto sí que es reynar*. Desde entónces pierde la austeridad de las costumbres griegas, y se transforma en Persa. Parece que ántes de este suceso solo habia exercitado las virtudes esparciatas; porque su estrecha situacion le obligaba á ello, y que esperaba que se verificase para desplegar con libertad los resortes de todas las pasiones, que ya empezaban á hacerle odioso á los que le rodeaban. [*Se continuará.*]

Rasgo moral. Un filósofo soñó así sobre la opulencia. Hallándome en un laboratorio químico, un hombre descolorido, de corta estatura, cavilaba atentamente cerca de un horno, sobre el qual habia una redoma de cobre. La reverberacion del fuego iluminaba su pálido rostro, tenia los cabellos erizados, la barba larga y desaliñada, una máscara de vidrio cubria su cara, y estaba ceñido con un lienzo asqueroso. Luego que me vió, se puso el dedo en la boca. Yo callé: él sopló por espacio de algunos minutos; y de repente, mirando al cielo, me mostró una nube negra y tempestuosa. Aplicó el oído diciendo: *trueno? bueno!* Su lánguido semblante se revistió de alegría y dixo: *Se prepara una tempestad: salgamos.*

Sobre vino entónces un relampago: me tomó por la mano, y dixo: *Ab! qué fortuna! El trueno va á resonar en los ayres, y puede ser..... salgamos á campo raso.* Parecia que queria ir á ponerse delante de la tempestad: subió á una colina: estendió los brazos ácia un hombre, que venia á lo lejos; el qual, habiéndole percibido, le hizo señas, y corrió ácia nosotros. De repente se soltó de la nube incendiada un rayo de fuego: cayó sobre el hombre que

corria, y lo consumió como un fósforo.

El químico dió un gran grito de alegría: corrió al lugar en que el fuego del cielo habia descompuesto aquel cuerpo humano, se baxó, recogió una piedrecita triangular, y enderezándose, exclamó: *No necesitamos ya nada; esta es la piedra filosofal.* - *¿Y por qué está ahí mas bien que en otra parte?* - *Oh!* (respondió) *hace quarenta años, que yo acecho los truenos, y los rayos: esta grande obra, que se busca tanto tiempo ha, no puede hacerse sino por la descomposicion repentina, é instantanea de un hombre: solo el rayo es capaz de fundir esta materia preciosa.*

Púsome en la mano esta piedra filosofal, y mientras hacia ciertos ademanes, con que indicaba los diversos movimientos de su alma, otro rayo mas terrible que el primero, le desbarató á él. No me diéron tentaciones de mirar el parage en que se hallaba, para ver si encontraba otra piedra, sin duda mas perfecta, puesto que el hombre, que habia suministrado la materia, era un filósofo. Escapé precipitadamente llevando en la mano la piedra, que habia heredado por un acaso tan extraordinario. Establecíme en una gran ciudad, en que alquilé un desvan muy espacioso: compré todo el almacen de un calderero; y la misma tarde, bien cerrada la puerta, transformé todas las vasijas en oro puro; las quebré, ó por mejor decir las aserré, y con estos fragmentos preciosos tuve en poco tiempo prodigiosas sumas.

Entónces todos me hacian la corte: tenia palacio, cocinero, coches especiales por la suavidad de los resortes: las mugeres me tenian por sin igual, y mi poco entendimiento se convirtió en ingenio.

Como yo era soltero; no pensaban sino en ver qual me lograba por esposo: empleáron todos los melindres para conseguirlo: los elogios llovian sobre mí: las atenciones no tenian fin. Entre todas estas señoritas marciales y ambiciosas, que sollicitaban mi mano, y que me disparaban una artilleria de suspiros, y de gracias fingidas; escogí una jovencita de aspecto ingenuo, que no me habia hablado, ni mirado jamas.

Mis bodas fuéron pomposas y brillantes, y me felicitaba yo de haber escogi-

do entre este prodigioso número de jóvenes, la que parecía mas modesta, y mas tímida.

Un genealogista me descubrió un antepasado muerto en Cerisoles, y me regaló un escudo de tres barras ondeadas sobre campo de oro; y á mi esposa la sacó descendiente de Fruela I. IV.^o Rey de Asturias.

Estando acostado con ella en una cama magnífica, y considerando la suntuosidad de mis muebles, ví entrar una tropa de fantasmas, que empezaron á despojar mi habitacion. En vano les hice señas para que se contuviesen, pues cargaron con todo, haciéndome profundas reverencias. Todas las personas de mi casa llamándome *Señor*, se apoderaban de algunos de mis muebles. Mil gentes que no conocia, vestidos unos de negro, y otros de colorado, venian á reclamar su parte, y cada uno se echaba sobre lo que me pertenecia. Me mostraban papeles, que tenian la virtud de quitar á vista mia todas mis alhajas. Vi llevarse hasta el cofre en que estaba mi piedra preciosa; del que se apoderó una figura de hombre, que tenia en la mano una vara, y que clamaba *justicia*.

Entonces me volví á mi idolatrada compañera, y la dixé con efusion de mi alma: *los espectros me lo han quitado todo; pero me quedas tú*. La ví llorar, y creí que seria de ternura; pero mi mitad tan dulce, y tan ingenua, se desprendió de mis brazos, recorrió la habitacion con el gesto y ayre de una Megera, y viendo, que toda estaba deshalajada, se echó sobre un bolsillo, que las fantasmas habian olvidado en la faldriquera de mi chupa, se acercó á mí, me dió un fuerte bofetón, y desapareció.

Atolondrado aún de esta escena, me incorporé en la cama, para seguirla; porque la amaba. Yo habia engordado algo por la buena comida. Un pequeño espectro, mas flaco que los otros, se echó sobre mí, y me chupó vivo: se inflaba sobre mi cuerpo al paso que yo enflaquecia: me desecó de pies á cabeza, llenándose con mi sangre, y quedé tan ligero, que el viento me arrebató de mi magnífica cama de ricas colgaduras, y salí por la ventana. Estuve un rato revoloteando por el ayre, y caí sobre una peña desnuda, que

por fortuna sirvió para despertarme.

Rasgo de virtud. Estéban Charlet, natural de Dijon, sargento en el regimiento de infantería de Penthievre, fué destinado á bordo del navio *la Flora*, para conducir á un hospital de España mas de 100 hombres contagiados de un mal pestilente. El navio baró en la barra del puerto adonde venia, y se estrelló de modo, que hacia mucha agua por todas partes. Las pocas fuerzas, que conservaba la tripulacion, el espectáculo mas horroroso aún, que la misma muerte, de un elemento temible, de que habia pocas esperanzas de escapar; y en fin, legua y media, que faltaba para ganar el puerto, quitaban á los naufragos, que habia perdonado el escorbuto hasta el recurso de salvarse á nado. Charlet ménos sensible á su propia desgracia, que á la de sus compañeros, con ánimo sereno propuso el medio de ir en un bote endebles, luchando contra las olas á buscar socorro; pero se desechó como impracticable, y que solo ofrecia una muerte mas pronta á los que lo executasen. Viendo Charlet, que sus instancias y ruegos eran inútiles, obligó á tres marineros con amenazas, y una intrépida firmeza, á que entrasen con él en el bote. Llegaron felizmente á tierra con asombro de los habitantes, que conocian el peligro. Los socorros fueron otorgados tan pronto como pedidos, y los naufragos, que clamaban á grandes voces por su próximo peligro, los recibieron tan á tiempo, que apenas pasaron á bordo del barco de Charlet, se sumergió el suyo.

Ademas de lo que merece el señor Charlet por esta accion, que está bien acreditada, es digno de aprecio por ser sobrino del gran Bosuet.

Anecdota graciosa del último sitio de Gibraltar. Una noche, que la guarnicion esperaba un ataque del enemigo en ausencia de la esquadra inglesa, un centinela apostado en la torre del Diablo, no se representaba en su acalorada fantasia otra cosa que fuego, destrozo, minas, brechas, y destruccion. Cerca de su garita estaba una marmita bastante profunda, en que

había algunos guisantes cocidos, que habían de servirle para cenar. Un gran mono (de los que hay en abundancia en la cima del peñón) atraído por el olor, y animado con el silencio del lugar, se arremó á la olla, y metió en ella la cabeza, de modo que no podía sacarla: y acercándose á este tiempo el soldado á la garita silvando, se espantó el mono, se sacudió con todas sus fuerzas para desembarazarse de la marmita, y escapar. Como en esta faena se enderezase, se presentó á la imaginación, muy acalorada ya, del soldado, como una aparición terrible, y creyó que veía un fuerte granadero Español, con una virretina ó gorra. Preocupado con esta idea, hace fuego, gritando quanto podía, que el enemigo había escalado las murallas. Las guardias estienden la alarma, suenan los tambores, se encienden las señales, y en ménos de 10 minutos el Gobernador de la plaza y toda su guarnición, se hallan sobre las armas. El supuesto granadero muy incomodado con su gorra, y casi sofocado con los guisantes, quedó preso bien pronto: se aclaró el hecho, y se restableció la tranquilidad.

Madrid. La 2.^a parte de la carta de que hicimos mencion en el n.^o anterior, dice así: ¿Mas qué conseguiremos con que los solteros sepan quanto sobre el particular se puede decir, y conozcan las ventajas, que de fomentar el matrimonio resultan á su patria? Sienten á la vista dos temibles escollos: á saber, el excesivo luxo, y mala educación de las señoras doncellas; contrarios á la verdad, capaces de intimidar al hombre de mas ánimo, ménos talento, y ninguna vergüenza. ¿Cómo se ha de animar á casarse el hombre sensato, y de medianas facultades, viendo que las doncellas gastan el mismo, ó mayor tren, que las rigurosas petimetras casadas? ¿Notando, que el hábito, y simple adorno, que ahora 17 años usaban, se ha convertido en costosísimos é indecentes vestidos, con que se desnudan de vergüenza, y se visten de pasiones? Las mas niñas gastan 6 ú 8

rs. diarios en el peluquero, y 30 ó 40 (los días que no tienen función, pues para tales casos salen los ríos de madre) en polvos, pomadas, gasas, redecillas, y demas gazofia, para estar ménos decentes, quando mas de moda. No tienen embarazo en gastar 8 ó 10 pesos en unos zapatos, que solo sirven quando mas tres días, con cuyos muebles están en un continuo riesgo de alguna descomunal caída, por su tan alto, y endeble estribo, que agregado á lo honesto (por su cortedad) de las basquiñas, figuran unas asquerosas patas de cigüeña.

El hombre racional, que advierte la crianza del día en el mayor número de las señoritas, es preciso tiemble al oír matrimonio. La moda corriente es instruir las desde la cuna en el ayre marcial, en la armonía y variedad de colores, en el manejo del abanico, mantilla, y demas muebles: en las contorsiones de cuerpo, y juego de ojos, en la perfección de todo bayle, sin omitir alemanda, fandango, y famoso bolero; pero no en el gobierno y economía de una familia; porque esto es de gente ordinaria.

De tan bellisima crianza resulta, que todo el fin de las señoritas es de casarse, no para hacer feliz á su esposo, y multiplicar su especie, sino para disfrutar de una nociva libertad, y destruir (quando ménos) el caudal de aquel infeliz, que por vivir tranquilamente, se condena á pasar el resto de su vida en continua zozobra.

Siendo cierto lo dicho, como seguramente lo es, arbitre Vd. medios eficaces para extinguir tan fuertes enemigos del santo matrimonio; porque mientras estos esten en pie, soy de dictamen, que en lugar de ir adelante, iremos atras. Josef Revoj.

El Apologista universal n.^o 6. Contiene los cánones ó reglas mas precisas, para que todos los escritores públicos puedan hacer la apologia de sus propias obras. Se hallará en las Librerías acostumbradas.

N. En el Correo n.^o 14 pag. 53 lin. 32. donde dice *sordicie*, léase *sordidex*.